

TRITANATOLOGÍA

Era un viernes normal para el colegio Velázquez, pero era un viernes especial para Bernabé. Su clase, la de octavo A, acababa la semana con dos horas de plástica, una excelente manera de relajarse y proyectar con los compañeros cómo iba a ser su fin de semana. No era nada comparable a las encorsetadas horas de lengua o matemáticas donde uno escucha pasivamente al profesor recitar como un loro. Las clases de plástica invitaban a la reflexión, a dejar volar la imaginación y, sobretodo, al movimiento y a la acción, algo mucho más necesario para un chaval de catorce años que no asentir mientras está sentado en su pupitre.

Si cabe, era un viernes aún más especial. Esa semana se había incorporado a la escuela Susana, una muchachita gallega cuyos padres acababan de emigrar a Barcelona en busca de un futuro mejor para ellos, además de para sus hijos. Hasta ahora, Bernabé no había atraído a ninguna chica a algo más que una amistad de patio de colegio, sin embargo con Susana creía que su suerte había cambiado. Sentía buenas vibraciones entre ellos, y pensaba aprovechar esta clase de plástica para intentar acercarse más a ella y probar fortuna.

Durante aquél trimestre habían trabajado la madera y Bernabé tenía buena mano con la marquetería, o por lo menos eso creía él. Con lo que no era nada malo era dibujando. Con el lápiz en la mano, Bernabé era capaz de plasmar figuras que ningún ojo había visto jamás, ni siquiera el suyo. Los trazos fluían directamente de su cerebro a su mano a la velocidad de la luz, sin dejarse contagiar por la realidad, sin tiempo a ser filtrados por su 'ello', aún poco desarrollado.

Esos trazos presentaban en su tablilla a una bella ninfa de voluptuosas curvas sentada en su lecho de piedras en el centro de un arroyo alimentado por una rocosa cascada. La ninfa, muy ligera de ropa, empuñaba una larga y flexible lanza en una actitud guerrera. En su cara, el reflejo de la venganza escondía la tristeza de su alma torturada por la pérdida de un ser muy querido. Sin duda, su imaginación había dibujado más de lo que sus manos podían serrar, pero la idea final era recortar a la ninfa para regalársela a Susana. Para Bernabé, aquello representaba ofrecerle una parte de sí mismo, una instantánea de su propia mente.

Bernabé envió a su mejor amigo a hablar con la mejor amiga de Susana, y al cabo de un rato ella le correspondió: aceptaría el regalo de buen grado. La respuesta positiva les animó a continuar la charla a través de sus amigos. Enviaban intermediarios de la máxima confianza para interpretar su papel pues temían que el corazón les estallase al entrar en contacto directo. Las idas y venidas de compañeros de Bernabé y Susana transportando mensajes del uno al otro alertaron a la profesora, para quien ese día no era más que un viernes ordinario, y ésta cortó la situación de raíz. Bernabé y Susana, sintiéndose el centro de atención de la clase, agacharon sus cabezas avergonzados. Toda aquella euforia acumulada había bajado de repente y se había tornado en confusión. La pareja manejaba sentimientos totalmente nuevos y desconocidos que no podían controlar. ¿Estaban haciendo bien? ¿Qué les sucedía que alteraba su comportamiento? No se reconocían a ellos mismos.

Los mismos amigos que les sirvieron de escudos emocionales en clase, les empujaron a encontrarse a la salida del colegio. Una muchedumbre de estudiantes les rodeaba. Incluso gente de otros cursos se arremolinaba curiosa por ver el rito amoroso. Todos deseaban ser los protagonistas de la escena alguna vez, pero ninguno había osado hasta entonces; era más fácil era lanzar vítores anónimos que avergonzaban aún más a la joven, y ahora muda, pareja. Temblorosos y sin mediar palabra se intercambiaron las dotes: él le dio la ninfa y ella le dio un clip de pelo. Aquello sería una garantía para su

reencuentro. Bernabé lo enganchó a la cuerda de cuero que rodeaba su cuello transformándolo en un preciado colgante. Quizás fuera un detalle insignificante a los ojos de un adulto desencantado, pero era un objeto sin precio para un ingenuo adolescente que lo llenó de sentimiento de algo todavía desconocido para él. Sin pensarlo dos veces, Bernabé hizo suya una frase de la multitud que los rodeaba y se citaron en un encuentro al que Bernabé jamás acudió.

Probablemente la había conocido en una infinidad de circunstancias similares, y tan sólo en una ínfima proporción de todas ellas habían podido disfrutar juntos de poco más de unos cuantos años. Aquél punto de su espacio-tiempo era un nudo que ligaba todos sus multiversos. Todos los universos burbuja, todas sus realidades paralelas se juntaban en aquél punto y momento en el que se citaron por primera vez, independientemente de cuándo, cómo y dónde hubieran nacido o muerto.

Hubiera podido ser cualquier cosa: un navajazo, una bala, una enfermedad... y de hecho fue todo eso. Fue una colmena de avispa en un paseo por el bosque y una serpiente y un rayo y una caída; fue una enfermedad y una infección y una alergia y un infarto; fue un accidente, un coche, una moto, un autobús; y fue un asesinato, pistola, navaja o manos. Pero lo que nunca fue es una casualidad.

El diablo sabía que esa era su mejor oportunidad. Allí confluían todos sus caminos y todo era más fácil. Pues tal era la atracción entre ellos, que ni siquiera las inmutables leyes de la mecánica estadística podían evitar tal confluencia. Más allá de ese punto, de entre los infinitos hilos de sucesos que se alejaban exponencialmente haciéndose imposibles de reseguir, incluso por él, sabía que alguno se le pasaría, al menos durante un tiempo.

Sólo una mente adulta y desconfiada hubiera creído que le estaban dando plantón. Susana, en cambio, presintió que algo malo le había sucedido a Bernabé. Al fin y al cabo, ella había podido mirar en la mente de Bernabé, de hecho poseía un cacho, y había interpretado correctamente sus sentimientos. Tras dos interminables horas, Susana cambió el lugar de espera y, sin saber cómo, se vio sentada en un banco frente al portal de Bernabé.

En el hospital donde Bernabé luchaba por su vida, los médicos no podían entender qué le estaba sucediendo porque el diablo había ido un paso más allá que ellos. Su plan no era de esta tierra, y su amor por quien le encomendara esta misión le hizo actuar sin compasión. Bernabé no sólo no conocería el próximo verano, sino que ni tan sólo conocería el próximo amanecer.

Los padres de Bernabé que entraron en la habitación no eran los mismos que llegaron al hospital. Aquellos habían muerto con la comunicación del doctor Casas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó su padre.

—No muy bien. No muy bien. ¿Sabes algo del partido? —añadió para cambiar de tema.

—Ganamos. —Su padre esbozó una sonrisa poco convincente y levantó ligeramente el puño en un vano intento por expresar algo de alegría, ya que los dos sabían perfectamente lo que sentía el otro.

—Papá.

—¿Si?

—Voy a morir papá.

—Qué dices hijo. Pues claro que vas a morir, todos lo haremos.

–No, no. Me refiero a que voy a morir hoy, ¿no? Los médicos no me dicen nada, y sé que mamá no me dirá la verdad, pero en ti confío. Dime, no voy a superarlo, ¿verdad?

–No –contestó casi sin reflexionar. La responsabilidad última de haber traído al mundo a Bernabé era suya y creía que, como mínimo, le debía su sinceridad–. Dicen que el daño es... –no pudo acabar la frase no por sus sollozos sino porque no quería crearla–. Lo siento, Berna.

–Hazme un favor, papá –contestó con una serenidad impropia de la circunstancia.

–¿Qué?

–Quisiera llevar este colgante siempre. Ya me entiendes. –Ya estaba todo dicho, no hubieron más palabras. El padre de Bernabé le rodeó con sus brazos incorporándole firmemente. Los cables y tubos de fluidos que mantenían a Bernabé con vida pero sin esperanza se tambalearon y, aún así, siguió apretando a Bernabé contra su pecho mientras lloraba desconsoladamente. Al mismo tiempo, la madre, que había observado pasivamente la escena, se les acercó y entre los dos enterraron a Bernabé con su amor.

Los médicos ya no podían hacer más por Bernabé, ni siquiera podían dejarle morir en la intimidad con sus padres, debía morir en una habitación doble de un atestado hospital. Los doctores echaron amablemente a los padres de la habitación, había llegado el momento de sedarlo. Después ya podrían despedirse de él. Si hubiera podido, Bernabé habría tirado la bandeja con todos aquellos instrumentos infernales sobre los médicos que fueron incapaces de salvarle. «Putá vida, puto mundo», gritó con rabia. «Todo lo que me voy a perder es culpa vuestra. ¡No me toquéis!». Su desconocimiento sobre la morfina no impidió que actuara tan rápida y eficaz como siempre. «Me queda tanto por vivir», reflexionó ahora en un tono más pausado. «Se acabó y no puedo hacer ni decir nada. Ni siquiera me siento mal ahora. Me parece increíble que todo acabe esta misma noche. Es tan triste tener que morir».

–Tengo frío, mamá. Tengo mucho frío. –Aquellas eran las palabras que la señora Consuelo había temido oír desde que se personara en el hospital a primera hora de la tarde. Aquellas palabras malditas la hechizaron catapultándola a un estado catatónico, casi empático con la situación de su hijo.

Y así es cómo Bernabé, a las 19:48, sin tiempo para asumirlo y sin tiempo para auto-engañarse con ilusiones de curaciones milagrosas, murió en el Hospital de La Sagrada Esperanza postrado en la cama. Sólo era un pobre chico, un adolescente que merecía crecer, endurecerse, conocer los sinsabores de la vida y envejecer aprendiendo a convivir con ellos y asumirlos.

Susana vio a los padres de Bernabé acercarse abrazados entre sollozos, con la mirada baja y caminando irregularmente. No hacía falta preguntar, sus rostros respondieron antes. Unas palabras para transmitir su pésame no hubieran correspondido con su corta edad, aunque sí correspondió con su inocencia el tierno y sincero abrazo con el que les sorprendió. Ellos no lo recordarían jamás; de hecho, ya no recuerdan nada de lo que sucedió aquel día de la manera exacta en que sucedió. Pero Susana recordará para siempre aquella tarde. Si bien se acababan de conocer, misteriosamente, ella sintió un vacío que le duraría el resto de su corta vida pues jamás volvió a sentir amor por nadie hasta su propio fallecimiento a los 30 años, en pleno apogeo de su vida. A esa edad el diablo volvió para recoger su trofeo.

«¡Joder! ¿Qué coño me ha pasado? Hace un momento estaba friendo un huevo. Ya sé, me debo haber desmayado. Por lo que veo, debo estar tumbado en el suelo. Esa maldita bombilla, a ver si la cambio de una vez. Pero... qué extraño, veo humo y no huelo a quemado. ¿Eh? ¡Ostia puta!, si no respiro. Ni con el sobresalto me pongo nervioso, ¿es que no me late el corazón? Oh, oh. Si no he muerto despierta ya. Si no he muerto despierta ya. Si no he muerto despierta ya. Ah, por fin; aquí llegas, cielo. Uh, no hace falta que me grites que no estoy sordo, y no me des estos meneos. ¿Tan mala cara hago? Tampoco será para ponerse así, creo yo. No me asustes tanto que con estar muerto ya tengo bastante. Ah, y cambia la cara, hija, que el muerto soy yo, no tú. Pero bueno, ¿a dónde vas? Sí, sí, eso. Buena idea, llama al médico a ver si me reaniman. Esto no puede ser cierto, no me puede estar pasando a mí. Sólo tengo cuarenta y dos años, soy joven y deportista. Ahora resulta que no me van a servir de nada todos esos kilómetros que me he pegado con la bici por la montaña. Ya sabía que los baches no eran muy buenos para mi próstata, pero se suponía que sí lo eran para mi corazón. Al final va a ser cierto lo que he dicho siempre: fíate de los médicos. Con razón no me cruzaba con ninguno en bici.»

De manera que tenemos a nuestro personaje muerto; aún conserva el sentido de la vista y el oído, pero está muerto al fin y al cabo. Una situación terrorífica. Él lloraría, si pudiera, pero solamente controla sus funciones cognitivas. ¿Hasta cuándo será consciente?

Pensad en su drama: no le han dicho que le queda tanto tiempo de vida, sino que su noticia es: estás muerto, no hay nada que hacer, en un día te quemarán y si te he visto no me acuerdo, “finito”, “caput”. Una verdadera lástima, sobretodo para su esposa y sus hijos.

Pero no perdamos el rastro de nuestro protagonista. Ahora está en la ambulancia de camino al hospital y parece ser que las maniobras de reanimación no han ido muy bien, o por lo menos él no parece muy contento:

«Eh, chicos, ¿qué pasa? ¿Es la hora del almuerzo o qué? No paréis, coño. Venga, otra chispita más, por favor, si casi no gasta pilas. Y el de la sirena, vuelve a enchufarla y písale. Va, va, ¿quién se anima con un masaje cardíaco directo, eh? Si es muy fácil: me partís el esternón con esas tijeras de jardinero que tenéis en aquella estantería, me introducís la mano hasta el corazón y hala, a darle, bombeando. Seguro que lo habéis visto en clase, o en la tele. No os asustará la sangre, ¿no? Es que nunca os han dicho eso de que aquí se viene a sufrir. Me temo que no. Vale, vale, ya capto: que no cobráis lo suficiente, que hacéis un montón de horas extras, el estrés, la responsabilidad... pero, y lo bonito que es salvar una vida, ¿qué me decís de eso? Nada, que no hay nada que hacer, ¿no? Si ya lo sabía yo también, pero tenía que intentarlo. Si nada más entrar en casa los he calado, me han enviado a los dos pardillos. Al rubito le he visto con un poco de cara de asco, y el moreno no le quitaba ojo a mi esposa. De aquí a la eternidad, me he dicho. Y así ha sido.»

Los médicos se han rendido y certifican su muerte. Mientras, entre sollozos, su esposa se le acerca.

«Hola cariño. Lo sé, yo también. Cuida de los niños, en especial de Javier, sabes que es muy sensible. Laura es más fuerte. Ella es muy joven, crecerá acostumbrada a no tener padre y cuando sea mayor yo tan sólo seré aquello que le hayáis explicado de mí. Siento haberte fallado, siento haberte dejado sola. Nos quedaba tanto por hacer. Acabar de disfrutar de lo que nos ha costado tanto esfuerzo conseguir. Ver a los niños crecer y explicar batallitas a nuestros nietos. Hazlo por mí. Un segundo, todavía no, por favor.

No me cierres los ojos todavía, amor. Quiero seguir viéndote, quiero seguir viendo el mundo.»

Nuestro personaje ha combatido su situación, mientras ha podido, desde la ironía, con perplejidad e incredulidad. Pero, finalmente, su muro de protección ha caído y se ha derrumbado ante su esposa aceptando lo inevitable. Y yo me pregunto, querido lector, ¿cuánto tardaría usted en asumir su propia muerte?

«¡Ah! Por fin un poco de luz. Vamos a ver, ¿ahora qué toca? Ah sí, que me pinten. A ver si arreglan el estropicio que me ha hecho el de la sierra. Qué poco tacto tenía el hombre, pesando mis órganos delante de mis narices. Desde luego, no se lo pensaba dos veces antes de cortar, hasta parecía disfrutar. Y los instrumentos eran escalofriantes, lo he pasado peor que en el dentista y eso que no me hacía daño. Además, menuda vergüenza he pasado desnudo delante de todo ese grupo de médicos residentes. Se miraban entre ellos y lanzaban nerviosas risitas. Aunque más vergüenza habría pasado si no hubiera estado muerto; siempre me han puesto las mujeres de uniforme y esa cortita bata blanca le quedaba tan bien a la chinita, siempre sonriente.

Qué mala educación, por cierto, hablar de mí en tercera persona estando de cuerpo presente. Por lo menos, gracias a ello, me enteré de la causa de mi muerte: aneurisma cerebral. Una pequeña vena de mi cerebro estalló derramando la sangre por mi cabeza y me desmayé. Se ve que sólo suceden unos cuatro casos al año en todo el país en gente de mi edad. Qué mala suerte he tenido.

Ahora, qué listos eran los tíos. Adivinaron las medidas y la distribución de los muebles de mi cocina tan sólo midiendo dónde tenía los moratones de la caída. Dedujeron, también, que fue un golpe en la cabeza contra el frutero lo que me produjo la parada cardíaca. Ya sabía yo que ese frutero lo había colocado allí el diablo.

¡Oh! Sí, sí. Gracias por abrirme los ojos. Sobretudo que me quede bien la raya del ojo, y no sufras porque se me corra el rimel, aunque estoy muy triste no voy a llorar. Puede que sea mi último vistazo. Cuando me cierres los ojos, ya nunca nadie me los volverá a abrir. No sé cuánto tiempo me queda de conciencia. Quizás la eternidad entera. Pero en mi tumba tapiado, a pesar de mantener los sentidos, seré ciego y sordo para siempre, y lo peor de todo es que seré consciente.»

Nunca es buen momento para morir –aunque no pensaríamos eso si lleváramos ciento cincuenta años vivos–, pero nuestro protagonista no ha podido elegir peor. Una tarde en un hospital al borde de la muerte y unos comentarios médicos, inocentes para oídos adultos, hicieron de él un joven temeroso de vivir. Su tristeza provenía de la certeza de que algún día moriría. La fatalidad ha querido que justo cuando su madurez le permitía aceptar esa certeza, cuando admitía que no podía hacer nada para evitarlo y que no debía dejar de hacer cosas simplemente por la posibilidad remota de morir haciéndolas, justo en ese momento ha muerto. Pero se equivocaba al pensar que no se iba a enterar de nada, pues incluso en su sepelio oye y siente.

«Qué miedo debo estar dando. Muchos ni se acercan a verme, y bien que hacen. A mí todavía se me aparece en la oscuridad José amortajado, y ya hace quince años que murió. Envuelto en la espesa túnica blanca que acolchaba su sarcófago y con los ojos cerrados, emergía semitransparente por la puerta de mi habitación en las noches de vela. No me atemorizaba, pero me recordaba la suerte que tenía de haber vivido la madurez que él no pudo. Creo que en este sarcófago soñaré con él durante muuuucho tiempo.»

–Señora, ¿ha decidido ya si lo van a incinerar?

–Sí señor, al final hemos decidido enterrarlo; él tenía pánico a ser quemado.

«¡Pero qué dices! ¿Cómo que no me quemáis! ¿Desde cuándo me has hecho caso tú a mí? Quémame por Dios. ¡Quemadme malditos, quemaaadme! Yo os quería y me vais a dejar pudrir en la eternidad, ¡malditooooos!»

* * *

El señor Martos es un afable anciano de aspecto centenario pero edad muy superior. Hace ya tiempo que la medicina descubrió que los procesos de envejecimiento se estancan hacia los cien años. En ese punto se alcanza un equilibrio entre la velocidad de degradación y de regeneración de los tejidos, de manera que no hay nada que impida a una persona vivir eternamente, aunque el récord está en los ciento setenta y ocho años, ya que la probabilidad de no haber muerto de accidente o enfermedad a esa edad es realmente pequeña. Aún así, en los albores del siglo veintidós no es difícil encontrar a muchas personas que alcanzan los casi ciento cincuenta años del señor Martos.

El señor Martos, armado con su bastón y su sombrero para que no se le resfríe la cabeza, como dice a sus nietos, entra en una gran tienda no sin antes mirar con desconfianza a ambos lados de la calle. El escaparate de vidrio negro no deja ver desde el exterior la amplia y lujosa sala de espera.

–Adelante caballero, es su turno.

El señor Martos espera pacientemente a que el anterior cliente abandone la tienda propiamente dicha y entra prudentemente.

–Buenos días. Vengo a comprar mi muerte.

Martos habla en voz baja intentando evitar que le oigan desde la sala de espera. Aunque es una compra típica y a menudo necesaria en los tiempos que corren, no se siente cómodo en este lugar. Simplemente recela de su privacidad, en ningún caso su timidez responde a la indecisión o al miedo, pues ya no teme morir; está cansado de la vida y ya no queda nadie con quien compartiera su juventud.

–Enhorabuena caballero. Permítame felicitarle puesto que ha venido usted al lugar oportuno; podemos ofrecerle todo tipo de muertes. ¿Había pensado ya en alguna en concreto?

–Eh... –Ante su duda, el vendedor le interrumpe.

–Ya veo que no, señor. Mmm... yo le recomiendo que escoja cualquiera de nuestro catálogo ‘Mientras dormía’, son las más vendidas. –El vendedor mira fijamente al señor Martos y se lleva la mano a la barbilla antes de volver a arrancar–. Aunque, entre usted y yo, yo tengo encargado el accidente cerebro-vascular con garantía de muerte a los siete días. Es mucho más dramático. Le ofrecerá pequeños momentos de lucidez en los que podrá despedirse de sus seres más queridos y comprobar quiénes están con usted y se preocupan hasta el último momento. –El vendedor se entusiasma con su propia explicación y se recrea en un gran repertorio de muecas y aspavientos–. Puede parecer doloroso, pero yo siempre digo que hay que disfrutar de la muerte, al fin y al cabo es nuestra última experiencia. ¿Para qué pagar por algo que uno no va a enterarse, no cree amigo?

–Eh, bueno...

El vendedor, temiendo haber asustado a su cliente, asume un tono más íntimo.

–Le puedo preguntar por qué ha decidido morir.

–Verá, la semana que viene cumplo ciento cincuenta años y había pensado regalarle mi muerte a la familia. Hace ya cincuenta años que caducó mi prestación

social de jubilación y quiero dejar de ser una carga económica para ellos. He sacado los pocos ahorros que he conseguido juntar y estoy decidido.

–¡Bien pensado! Estoy seguro que se alegrarán –el vendedor reemprende su tono jovial.

–Pero tengo una duda –el vendedor frunce el ceño y duda que su cliente se decida a morir–. No sé si hacerlo antes o después de mi cumpleaños –el vendedor libera la tensión sobre sus cejas y recupera su confianza en la venta.

–Para decidirse, piense en su familia. A usted le da realmente igual: una vez muerto no importará si ha celebrado su cumpleaños o no. De hecho, nada de lo que haya hecho en su vida importará ya. Todos los momentos malos desaparecerán, y los buenos... bueno, si ha venido hasta aquí supongo que es porque ya no los recuerda –este discurso nunca le ha fallado, sabe que está a un sólo paso de cerrar el trato–. Lo que le quiero decir es que si lo hace antes, evitará a su familia el ajetreo del cumpleaños. Además, yo le haría un descuento especial –el mismo que ofrece a todos sus clientes–. La semana que viene la tengo muy ocupada, y si no se decide esta, puede que deba esperar a morir otra semana más –un poco más de presión. Sabe que el cincuenta por ciento de las muertes vendidas con más de tres días de antelación acaban cancelándose–. Usted ya ha sufrido mucho, se ha ganado a pulso su descanso y merece una buena muerte, ¿para qué esperar más?

–Entonces, ¿usted me asegura la muerte?

El vendedor sonríe. Lo que viene a partir de ahora es puramente mecánico: explicar los términos del contrato, mostrar las estadísticas de satisfacción –hasta ahora nadie se le ha quejado del servicio–, y, finalmente, escoger una muerte de su amplio catálogo, a poder ser la más cara ya que no ha tenido un buen mes.

–Por supuesto –el vendedor alarga exageradamente algunas vocales escogidas al azar. Es un mal actor interpretando un mal papel–. Todas nuestras muertes están garantizadas: nunca me han fallado.

–Se lo pregunto porque yo tengo una teoría: uno jamás muere, sólo ve morir al resto de personas hasta que no queda nadie conocido, nadie que guarde sus recuerdos. ¿Nunca ha tenido una sensación de *deja vu*? –el señor Martos se ha relajado, ha tomado más confianza con el vendedor y está más dispuesto a hablar de sus intimidades. El vendedor ha triunfado–. Mi teoría es que poco después de ese momento, usted muere. Muere en la realidad del resto de personas, mientras que en la suya propia va a parar, momentos antes de su muerte, a una realidad paralela en la que todavía vive. Por eso recuerda que ya ha vivido ese momento, porque lo vivió en su realidad anterior. Lo que se suele llamar un *deja vu*. Verá, yo recuerdo esa sensación sólo dos veces en la vida. Una en un hospital, me daban cinco horas de vida pero milagrosamente sobreviví, y otra friendo un huevo en casa, poco antes de encontrarme a mi querida esposa muerta en la bañera.

El señor Martos ha dejado al vendedor descolocado. Han pasado más de quince años desde que heredó el negocio de su padre y hasta ahora no se había enfrentado a un razonamiento tan absurdo. Haciendo de la necesidad virtud, se saca una teoría propia de la manga.

–Yo tengo otra teoría. Cada persona tiene un cometido en la vida y no puede morir hasta haberlo cumplido. Yo veo que usted lo ha cumplido con creces y está preparado. No se preocupe, todo irá bien: morirá, se lo garantizo.

–Si su teoría es correcta, ha llegado mi hora. Ayer acabé mí cometido en la vida, lo que me ha llevado más de cien años de mi vida. Si la mía es correcta, pido a Dios que ya nadie me recuerde para poder descansar en paz.

Poco después de la muerte de su esposa, Bernabé adquirió una pequeña parcela en el monte Alto y allí trasladó sus restos mortales. Desde entonces dedicó todos sus ratos libres a la construcción de un enorme mausoleo de madera, un fotograma inerte de una cruel batalla entre el hombre y Satanás por el amor de una bella ninfa de voluptuosas curvas situada en el centro de la escena. La más antigua de las piezas de madera tiene más de cien años de antigüedad, mientras que la más reciente, la cola de Lucifer clavándose a traición en la espalda del hombre, fue esculpida apenas hace una semana. La familia de Bernabé Martos se ha reunido en este paraje para darle su último adiós. Es el turno de Javier, quien se despedirá para siempre de su abuelo.

–Para cuando falleció, mi abuelo llevaba ya treinta años preparando su muerte. Desde que tengo uso de razón le recuerdo repitiendo a mi madre donde guardaba sus libretas de ahorro, los seguros, su testamento, que actualizaba constantemente, e incluso las ropas que debía lucir en su último paseo por la existencia carnal.

En el interior del féretro un pensamiento:

–Vaya, pensé que estar muerto sería diferente. ¿Por qué estoy escuchando a mi nieto? ¿Qué ha ido mal?

–... Él siempre me recordaba la importancia de acabar aquello que empezaba, y cumplió hasta el final. –Javier se ha percatado de una sonrisa en la cara del hombre de roble, esa sonrisa no estaba ayer–. Aún siendo inexperto en carpintería, y poco hábil en la escultura, superó con esfuerzo sus limitaciones para crear este mausoleo dedicado a mi abuela. Parece como si el acabarlo haya sido la señal que esperaba para poder comenzar su sueño eterno.

Bernabé parece haber comprendido lo que le sucede:

–Esto me suena. Creo que de alguna manera ya lo he vivido, y temo que lo que sigue va a ser muy monótono...

–... Él me dijo que lo suyo era un amor imposible, que sólo pudo darse en una realidad concreta, de ínfima probabilidad. En su primera cita él enfermó –Satán también sonríe–, los médicos le desahucieron, pero sus ganas de ella le salvaron. Solía explicar que el diablo tenía envidia de él por poseer una mujer tan bella y que intentó separarlos por todos los medios.

¿Por qué Satán ha dejado de sonreír?, se pregunta Javier. ¿Será por la lanza clavada en su hombro? Parece que proviene de la dirección de la ninfa.

En su panteón, Bernabé Martos cierra su silogismo: si su nieto le recuerda, seguramente también recordará a Susana, que debería estar a su lado.

–¿Susana? –intenta gritar. Pero nada oye porque nada habla.

–¡Susana! –vuelve a gritar. Una voz diabólica contesta –: Ciento cincuenta años de ingenuidad, Bernabé –, lanza una risotada macabra y prosigue–. No te molestes en llamar, pues tu querida esposa ya está en el cielo. Fue él quien la reclamó para sí. Yo tan sólo soy la mano ejecutora.